

La sociología del trabajo a través de una relectura de Claude Durand: situación de trabajo, cualificaciones, competencias y clase obrera

The work sociology through a re-reading of Claude Durand: work situation, qualifications, competence and working class

Matéo ALALUF

Universidad Libre de Bruselas.
Travail, Emploi et Formation (TEF)
E-mail: malaluf@ulb.ac.be

RESUMEN

A través de una relectura de Claude Durand, y dando cuenta de la identidad entre los objetivos de su sociología y aquellos que Salvaing describe como propios al PCF, se reconstruye el debate habido entre la escuela de Friedmann y la sociología de Naville, mostrando así mismo la continuidad entre el planteamiento friedmanniano en torno a la cualificación y la clase obrera y las actuales temáticas ancladas en la movilización de competencias y la cohesión social. Los discursos de la movilización de los trabajadores según competencias, lejos de descubrir una pretendida afirmación de un vínculo natural entre el trabajador y su trabajo, individualizan y naturalizan los resultados clasificatorios de las relaciones salariales, haciendo aparecer así a los procesos de jerarquización social como directamente dependientes de la naturaleza de las actividades concretas realizadas. Se invisibiliza así el carácter social y político propios de los procesos de segmentación y estratificación sociales actuales y pasados.

PALABRAS CLAVE

Sociología del trabajo.
Cualificación.
Clase obrera.
Competencias.
Cohesión social.

ABSTRACT

Through a re-reading of Claude Durand, and reporting the identity between the goals of his sociology and those described by Salvaing as belonging to the PCF, we rebuild the debate between the school of Friedmann and the sociology of Naville, showing at the same time the continuity of that school regarding the qualification and the working class, and the current topics anchored in the mobilization of competences and the social cohesion. The discourses of the workers' mobilization based on competence, far from discovering an alleged statement of a natural link between the workers and their work, individualise and naturalise the classifying results of the wage relations, thus showing the processes of social hierarchy as directly depending on the nature of the concrete activities. In this way, the social and political character of the processes of segmentation and stratification, both current and past, become invisible.

KEY WORDS

Work sociology.
Qualification.
Working class.
Competence.
Social cohesion.

SUMARIO 0. Introducción. 1. La Situación de trabajo. 2. La cualificación. 3. Situación de trabajo y clase obrera. 4. Competencia y cohesión social. 5. Conclusión.

Introducción

Pierre Tripier sostuvo que la actividad investigadora se construye a partir de paradigmas que les permiten entrar en comunicación con otras actividades. De esta manera toman forma las preguntas que canalizan el trabajo de los investigadores y permiten que diferentes ámbitos (científicos, ideológicos y políticos) se encuentren e incluso se confundan (Tripier, 1991: 9). Algunas nociones se imponen entonces como centrales y monopolizan los debates en todos los campos de la actividad social, mientras que otras son descartadas. Las nociones de clase obrera y de cualificación, por ejemplo, jugaron sin lugar a dudas este papel en el periodo de posguerra, mientras que en la actualidad han sido suplantadas por las de cohesión social y de competencia*. La relectura de los trabajos de Claude Durand por un lado, y de la reciente novela de François Salvaing, *Parti*, donde relata el compromiso de una generación con el Partido Comunista Francés, por el otro, ilustran claramente esta definición del paradigma.

1. La situación de trabajo

Claude Durand, a propósito de su primera investigación en Mont-Saint-Martin (1957) sobre la condición obrera y el progreso técnico, desarrolla, según sus propios términos, una aproximación centrada en «*la forma en la que los obreros se comportan en su trabajo*» (Durand, 2000: 5). Se sitúa así en el centro del programa asignado a la sociología del trabajo por Georges Friedmann, a saber: «*el estudio, bajo sus diversos aspectos, de todas las colectividades humanas que se constituyen a partir del trabajo*» y, de forma más precisa aún, el estudio de la «*situación de trabajo*», es decir, «*del acto de trabajo en tanto que primer objeto de conocimiento y factor explicativo fundamental*» (Friedmann, 1962b). A partir de aquí se trataría, según Claude Durand, de «*consagrarse al estudio de la condición obrera*» y de «*interrogarse sobre una movilización posible de la clase obrera a partir de una transformación de las relaciones sociales y de una evolución social de la sociedad*» (Durand, 2000: 5-6).

François Salvaing se sitúa de forma incontestable fuera del campo de la sociología del trabajo. En su última novela resume el proyecto del PCF en términos similares, si no idénticos, a los de Friedmann y Durand cuando estos proponían un programa para la sociología del trabajo definido desde la situación de trabajo. «*La organización comunista en el lugar de trabajo constituía la llave tanto de la comprensión como de la transformación de la sociedad*» (Salvaing, 2000: 344). A pesar de sus desconfianzas y sus ignorancias respectivas, una generación de sociólogos y de comunistas se asignó unos proyectos que asombran por su similitud.

* El concepto de competencia remite a las capacidades, habilidades y conocimientos que se le suponen a un trabajador en relación con un puesto de trabajo [N.d.T].

¿Quiere esto decir que la sociología del trabajo no ha sido más que la faceta académica del compromiso comunista y que sus profesionales no han sido, conscientemente algunos e inconscientemente otros, más que los intelectuales del partido? La referencia al marxismo, en efecto, sirvió a algunos de pasarela entre su actividad profesional de investigadores y su compromiso político, incluso si la influencia del marxismo, en contra quizá de las apariencias, no fue determinante (Rolle, 1985). Los investigadores, aunque se sirvieron de Marx, también señalaron sus diferencias con respecto a éste. Así, según Jean-Daniel Reynaud, la sociología del trabajo quiere dar testimonio

de la eficacia y de la importancia del trabajo empírico, de los métodos rigurosos para conducirlo, de las pruebas de verificación y de todo el aparato de la cientificidad que, tomado de forma masiva de los Estados Unidos, renovaría la sociología francesa (Reynaud, 1989).

Como el sociólogo es al mismo tiempo actor, debe tomar, continua Reynaud, «una cierta distancia con respecto a la demanda social o la presión de los encargos». Critica, en consecuencia, a Serge Mallet y a su equipo en razón de su «compromiso político e ideológico (que) deformaba la manera en la que analizaban sus datos». La importancia de la investigación empírica y la atención minuciosa reservada a la metodología, «garantía de objetividad», constituyen en su aproximación un cortafuego contra las «interpretaciones personales demasiado fácilmente impregnadas de ideología». Reclama, en consecuencia, «una sociología crítica atemperada por este recurso al empirismo». Esta sociología, piensa, puede aportar «una clarificación sobre la práctica social» (Durand, 2000: 13-18 y 114).

2. La cualificación

La cualificación, para Claude Durand, y en esto se inscribe claramente en la tradición de la sociología del trabajo, es una categoría producida por la observación empírica. Así, a finales de los años 1950, a partir de la observación del trabajo de los laminadores, concluye que bajo el efecto de su modernización se produce una «recualificación profesional»: el número de obreros especializados disminuye y los trabajadores manuales escasean en beneficio de un fuerte crecimiento de los profesionales. Esta evolución cuantitativa no entraña un cambio cualitativo del trabajo para las categorías profesionales inferiores; asistimos, en cambio, a la reclasificación de los operarios de fabricación en profesionales. Estos operarios, empleados en cadenas fuertemente mecanizadas pero todavía no automatizadas, representan una «nueva cualificación». Al contrario que los «antiguos profesionales», los «operarios» no tienen un conocimiento del material ni de la máquina «adquirido en el transcurso de una larga experiencia de oficio». Son los nuevos contratados, sin conocimiento del oficio y para los que la formación se limita a algunas semanas. No se les pide tanto iniciativa, como a los antiguos profesionales, sino exactitud, regularidad y «reflejos» de forma que no cometan errores. El criterio de la responsabilidad personal, enunciado en vistas a limitar los desgastes ocasionados por eventuales fallos, se vuel-

ve primordial. El acento puesto sobre la «responsabilidad preventiva» aumenta la importancia de los puestos de vigilancia. «El trabajo se vuelve cada vez más abstracto. Las informaciones codificadas —escribía ya Durand— intelectualizan el trabajo». Y añadía todavía: «A pesar de que participe menos, el obrero vuelve a encontrar en su trabajo un sentido técnico» (id: 31-32).

A partir de las observaciones del trabajo de los laminadores, Claude Durand sostiene, por un lado, que la tecnología se tiene en cuenta de forma insuficiente y, por el otro, que las dimensiones no económicas son descuidadas en la explicación de la evolución del trabajo.

En la crítica que realiza del análisis de Marcel Bolle de Bal acerca de los sistemas de remuneración por rendimiento, Durand insiste sobre «los efectos lógicos de la automatización progresiva de la producción sobre los sistemas de salarios». En la medida en que el salario por rendimiento busca estimular el esfuerzo del obrero proporcionándole un salario en función de la producción que realiza, el obrero limita su producción por medio del frenado, de forma que pueda conservar el control de las cadencias del trabajo y el nivel de su salario a largo plazo. Tanto más cuanto la automatización del proceso de trabajo suprime la proporcionalidad dada entre el esfuerzo llevado a cabo por el obrero y la producción obtenida. El paso del salario a destajo a la jornada de trabajo marca el fin de la medición física del trabajo (id: 47-51).

Esta discusión, que permite de hecho a Claude Durand afinar sus propias posiciones, se inscribe en la prolongación del debate que había confrontado dos años antes a Georges Friedmann y a Pierre Naville¹. Mientras que Friedmann sostenía que la recomposición del trabajo iba a ser una consecuencia de la automatización del proceso de producción, Pierre Naville, distinguiendo, por el contrario, las operaciones efectuadas por las máquinas y aquellas realizadas por los obreros sostenía que, si bien los sistemas automatizados estaban asegurando una recomposición de operaciones antes separadas, no estaba sucediendo lo mismo con las operaciones efectuadas por los obreros. Estos últimos no controlan, dada la sola transformación de la maquinaria, ni más ni menos operaciones que antes. La relación salarial, separando al trabajador de su trabajo, define el empleo como la relación entre individuos y puestos, y subraya el carácter condicional de su encuentro, al igual que el de la participación del asalariado en la empresa. Las formas organizacionales están, por tanto, marcadas en la relación salarial por una desconexión creciente entre el tiempo de trabajo de los asalariados y el de las máquinas. La automatización se inscribe en la relación salarial y profundiza la separación abierta entre el trabajador y su trabajo.

En relación con esta controversia, Claude Durand parece compartir la conclusión de Naville situándose, sin embargo, en la perspectiva de Friedmann. Al igual que este último, intenta dar cuenta de la cualificación de los trabajadores a partir de las observaciones empíricas del trabajo y de la automatización, pero se acerca a Naville al constatar una ruptura entre la proporció-

¹ Debate que se refleja en PIERRE NAVILLE (1962): «Nouvelles recherches sur la division du travail» y CHRISTIANE BARRIER (1962): «Production en continu, répartition des tâches et adaptabilité de l'entreprise». Ver la respuesta de GEORGES FRIEDMANN (1962): «Proudhonien? Optimiste?»

nalidad del trabajo humano y el de las máquinas. Su posición es, sin embargo, la misma que defendiera Friedmann, a pesar de divergir en las conclusiones.

Todo su tratamiento conduce a la apreciación de la cualificación a partir de las cualidades del trabajo, identificadas por medio de la observación empírica. Es a partir del acto de trabajo en sí mismo como se pueden comparar (medir) las situaciones de trabajo. Es a partir de la complejidad y la dificultad de las tareas a ejecutar, de las competencias requeridas, de la responsabilidad en la producción, como las diferentes partes (asalariados y dirección) procurarán demostrar sus capacidades en vistas a hacerlas reconocer en términos de cualificación y de remuneración.

¿Qué es lo que permite justificar las diferencias de salario, de status y de prestigio que son apreciadas en una mujer que se ocupa del cuidado de ancianos a domicilio con las de un obrero profesional en una laminadora? ¿Está acaso la primera sometida a menos exigencias, a menos responsabilidades, tiene más facilidades... que el segundo? No son las características propias del trabajo efectuado las que permiten determinar las jerarquías de las cualificaciones, que son también las de los salarios.

El valor del trabajo está revestido de un contenido concreto para sus protagonistas. Es apreciado en términos de condiciones de trabajo, de salarios, y este valor es objeto de negociaciones. Estas no se limitan, sin embargo, solamente a la empresa, y los elementos determinantes de estas negociaciones no se circunscriben simplemente a la esfera del trabajo. ¿Debemos entonces aceptar sin más la evidencia según la cual las cualidades del trabajo definen los niveles salariales? ¿No deberíamos más bien plantear, como hace Pierre Rolle, la hipótesis inversa según la cual «es el orden de las remuneraciones que pretendemos explicar el que da cuenta de la cualificación» (Rolle, 1998: 121).

Relacionar la cualificación con las cualidades que se le suponen al trabajo sin ningún otro tipo de mediación es una simplificación extrema. Adam Smith ya clarificaba esta cuestión en su *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, donde sostiene que si bien el trabajo permite medir el valor de una mercancía,

Es a menudo difícil fijar la proporción entre dos cantidades diferentes de trabajo. Esta proporción no se determina simplemente por el tiempo que hemos empleado en dos formas diferentes de trabajo». Y añadía, «una hora de aplicación de un oficio que ha costado aprender diez años vale más que una actividad de un género común que todo el mundo puede realizar (Smith, 1950: 63).

Plantear la cuestión en estos términos constituye una ruptura radical con una perspectiva que, refiriéndose únicamente a la esfera del trabajo, se limita a deducir de la cualidad del trabajo su medida en términos de cualificación. Las investigaciones de Pierre Naville sobre la cualificación abrieron una perspectiva bien diferente.

Naville considera la cualificación como un acto de clasificación y, paralelamente, como el resultado de este acto. La cualificación participa, por tanto, en un mecanismo esencial de toda

la sociedad: la función clasificatoria. Tomando apoyo en la división del trabajo, la cualificación reside en «*la apreciación social de las diferencias entre los trabajos*». Si Naville otorga un papel central al tiempo de formación, considerado como la medida de la cualificación, no lo hace porque considere que la formación determina el contenido de la cualificación, sino porque constituye, principalmente en función del aumento del coste de cada año de formación para la colectividad, el mejor índice de la importancia otorgada por la sociedad a los diferentes empleos que serán atribuidos después a los individuos (Naville, 1956).

Me parece igualmente oportuno subrayar la utilidad, para este debate, de las aportaciones metodológicas de Jean-Marie Faverge. En su concepción, el trabajo no es asociado ni a las características del trabajador, ni a las de su puesto (máquina), sino que es concebido como una comunicación regulada entre el obrero y su entorno. La noción de «*imagen operatoria*» que desarrolló con Ochanine permite comprender la forma por la que el operador organiza la representación de sus operaciones en relación con las intervenciones y las experiencias que tiene de ellas. La comunicación media la relación del hombre y la máquina. El conocimiento que podemos tener del trabajo está atravesado por sus representaciones y la cualificación se entiende así como una relación social.

3. Situación de trabajo y clase obrera

La cualificación forma parte de una lógica de jerarquización de los asalariados. Si bien estos ocupan una posición similar en relación con la propiedad de los instrumentos de producción y los sistemas de protección social, no se sitúan, por ello, en una posición de reciprocidad los unos con los otros. Se diferencian en función de sus salarios, de sus condiciones de trabajo, de su status y de su grado de participación en las decisiones. Según Claude y Michelle Durand (1971), el mecanismo de la cualificación participa en la estratificación de la sociedad. Esta percepción estratificada de la sociedad, inducida por la cualificación, «*interfiere —escriben— con la conciencia de clase que no reproduce la clasificación jerárquica de los grupos profesionales*».

A partir de una encuesta llevada a cabo en empresas, Claude y Michelle Durand observan que

los cuadros y los empleados perciben la sociedad como abierta y armoniosa. Obreros y técnicos perciben los horizontes sociales como cerrados». «Pero los obreros —añaden— ponen el acento en la desigualdad de las condiciones sociales y los técnicos en las dificultades para la movilidad y la igualdad de oportunidades. La conciencia de clase de los obreros especializados es principalmente una conciencia de oposiciones sociales.

De forma similar, «*un efecto de empresa*» influye igualmente sobre las percepciones de las diferentes categorías de asalariados. Así, observan Claude y Michelle Durand,

las empresas integradoras tienden a acentuar la «conciencia burguesa» de las categorías de los cuadros. Por el contrario, un clima conflictivo refuerza la conciencia de clase de las categorías obreras (Durand y Durand, 1971: 278).

Claude y Michelle Durand sostienen, por una parte, que la cualificación, entendida como la situación concreta del trabajo observado en la empresa, interfiere ciertamente en la conciencia de clase, pero no es suficiente para explicarla. Pues, por otra parte, no deja de ser cierto, señalan, y es precisamente en estos mismos términos en los que concluyen su libro, que:

al igual que la conciencia de clase proyecta la experiencia profesional de trabajo, existe un cierto calco en la percepción de las relaciones sociales en la sociedad sobre las relaciones de trabajo en la empresa (id).

A propósito de la cualificación hemos intentado mostrar que ésta no puede ser deducida a partir de las operaciones que efectúa el obrero. Ésta se comprende, en primer lugar, a partir de los juicios sociales realizados sobre la diferenciación de los trabajos. De la misma manera que el trabajo no basta para cualificar al obrero, su condición no es suficiente para designar su clase. Si la figura del obrero se asocia al trabajo industrial, la clase obrera se constituye a partir del momento en el que los obreros empiezan a formar parte activa de los antagonismos políticos. Dicho de otra manera, no es una clase obrera unificada la que se dota de una expresión política, sino al contrario, la clase se encuentra unificada, en ciertos momentos de la historia y a pesar de sus diversidades, a partir de una concepción política. Es en el Estado nación donde el sindicalismo ha sido reconocido y donde toma forma el movimiento obrero.

4. Competencia y cohesión social

Se redescubre hoy, como ya había hecho Claude Durand en 1964, la ruptura en la proporcionalidad entre el esfuerzo individual del asalariado y el resultado de su producción, cuya causa sigue siendo atribuida a la automatización. De forma consecuente se insiste en la indeterminación entre los individuos y los puestos de trabajo, que escaparían a partir de aquí a los criterios de codificación anteriores². Desde este momento a los asalariados ya no se les reclamaría una especialidad definida, sino una habilidad general, unas capacidades transversales que les permitirían gestionar una situación dada. Es así como lo «flexible» se habría instalado en la cualificación, permitiendo pensarla desde ahora en términos de competencias.

Sería así la revelación empírica de la evolución del trabajo bajo el efecto de las nuevas tecnologías la que habrían impuesto, por su propia lógica, la noción de competencia como nueva

² Para este tipo de análisis nos podemos referir a SCHWARTZ (1991). Ver también nuestro artículo «Le travail ne suffit pas à qualifier l'ouvrier» (ALALUF, 1995).

modalidad de reconocimiento del trabajo (Stroobants, 1993b). El trabajo se habría vuelto más complejo, más abstracto, más autónomo, más colectivo y más intelectual. Así es como el taller se encontraría ahora más valorizado, al mismo tiempo que su personal. En esta formulación, las competencias de los asalariados aparecen como un calco del funcionamiento de las máquinas y se describen consecuentemente por asimilación a éstas. Las formulaciones en vigor ya no estarían a la altura de la sofisticación de los equipamientos ni de los saberes-hacer irreductibles de los operadores.

Este «descubrimiento» actual de las competencias parece más bien el resultado de una doble amnesia. Amnesia desde un punto de vista metodológico que olvidaría la separación entre las operaciones efectuadas por las máquinas y aquellas efectuadas por los asalariados, inasimilables las una a las otra; amnesia de la identidad entre las constataciones actuales y aquéllas resultado de las encuestas realizadas por Durand en la siderurgia, ya a finales de los años 1950.

Validando el trabajo a partir de la competencia se construye, tal y como indica Marcelle Stroobants, un concepto unidimensional. «Saber comunicar», «saber verbalizar» reenvían sin otra intermediación a la competencia *ad hoc* de comunicar y de verbalizar. La apariencia permite alimentar que el conocimiento y la descripción de la situación de trabajo se basta, transponiéndola, para dar cuenta de la competencia de los asalariados. Es a partir del contenido de la tarea desde donde se intentan deducir las cualidades del trabajo y las competencias del trabajador. Acordando así la preeminencia a la sustancia supuesta al trabajo, se hace abstracción de las relaciones y de las condiciones de intercambio que lo definen. El desplazamiento de la cualificación hacia la competencia puede comprenderse, en consecuencia, como una tentativa de legitimación de las jerarquías profesionales más allá de las relaciones sociales, es decir, como una naturalización de las estratificaciones sociales.

De forma que el reconocimiento de las competencias de cada uno, la atribución de las posiciones sociales según las competencias, fundará una división legítima del trabajo que estaría en la base de la cohesión social. Mientras que la cualificación reenviaba a una escala que definía los grados de cualificación, la competencia se reduce, de hecho, a que se sea o no competente. Mientras que la lógica de la cualificación reenviaba al empleo de trabajadores que debían efectuar unas tareas determinadas, la lógica de la competencia consiste en la vinculación de personas consideradas convenientes. De esta forma la dependencia personal reemplaza, tal y como señala Alain Supiot, al vínculo jurídico de subordinación.

Por el contrario, la interrogación por las formas de su transmisión, por cómo se adquieren, se diferencian y se estructuran los saberes, apenas parece ser tenida en cuenta. Dado que es el contenido del trabajo el que permite validar las competencias, el empleo puede ser aislado de un proceso de socialización más amplio. Podemos entonces ignorar los procesos de socialización anteriores a la contratación (origen familiar, escolarización...) así como todo aquello que desborda el medio de trabajo. Ahora bien, toda adquisición de conocimiento supone, en la tradición de la sociología, una estructura de adquisición que se construye según toda una serie de

determinaciones sociales. La correspondencia entre los individuos y los empleos no es una realidad natural dada a priori, es más bien verificada condicionalmente bajo el efecto de la relación salarial.

5. Conclusión

La centralidad de la situación de trabajo ha constituido la especificidad de la sociología del trabajo en la medida en que la disciplina, a partir precisamente de investigaciones sobre el terreno, ha privilegiado la investigación del acto de trabajo. Sin embargo, para el asalariado la ocupación de un puesto de trabajo implica un empleo. «*El puesto de trabajo es exterior al trabajador*», escribe Pierre Rolle. «*Debe ser gestionado de forma independiente a él para poder ser ocupado por otra persona*» (Rolle, 1996: 59). Las características del empleo ofertado son prescritas por los gestores de la empresa, son ellos los que fijan los modos de organización del trabajo, sus normas y los resultados esperables.

La sociología del trabajo, entendiendo lo real a partir de dicotomías, se encuentra atrapada, como disciplina, entre dos límites. O bien se limita únicamente a la situación de trabajo, privilegiando el estudio del «trabajo real», las «relaciones informales» y los «saberes prácticos», corriendo el riesgo de crear una «*verdadera metafísica anclada sobre el acto de trabajo*» (Burnier y Tripiet, 1985: 171). O bien, al contrario, privilegia el empleo, interesándose por el «trabajo prescrito», el «saber teórico» y la «gestión de competencias», y acaba planteando sus preguntas en tanto que problemas a gestionar.

Cada uno de estos límites constituye para Claude Durand una especie de cortafuegos en relación con el otro. En su análisis de la cualificación se basa, como hemos visto, en sus observaciones del trabajo. Matiza, sin embargo, sus conclusiones, puesto que plantea la cuestión de saber si las evoluciones de la cualificación que detecta no son «*antes que una necesidad de la evolución del trabajo el resultado de una política de personal*» (Durand, 2000: 32). También podríamos preguntarnos si las transformaciones en la cualificación que él describe no pueden estar encubriendo los efectos generacionales, en particular los que se dan entre los obreros mayores y experimentados y los jóvenes obreros escolarizados, en términos finalmente bastante similares a los propuestos por las observaciones recientes de Béaud y Pialoux (2000).

Para paliar esta «*deriva ideológica*», Claude Durand preconiza la perspectiva empírica, privilegiando la atención metodológica. Sin embargo, tomar al pie de la letra las observaciones sobre el terreno y los resultados de las entrevistas, ¿no es también una forma de descuidar la atención de estructuras privilegiando la observación de los comportamientos de los actores revelados por los resultados de la encuesta? No obstante,

El empirismo puede ser también una manera de reencontrar los marcos de interpretación y las nociones admitidas al comienzo de la investigación bajo la forma de observaciones aparentemente incontestables (Rolle, 1974: 59).

Sin duda, la sociología ha buscado conocimientos prácticos desde sus inicios, permaneciendo así indisociable de sus objetivos, por lo que ha resultado particularmente vulnerable a los límites que impone la política sobre la sociología. La disciplina ha podido así constituirse a partir de un objetivo dividido: esclarecer las decisiones de aquellos que las toman y extender el campo de acción de aquellos que participan de ellas. Esta postura bienintencionada no resuelve, sin embargo, ni el problema del compromiso y la implicación de la disciplina, ni el de los investigadores.

Traducido por Pablo Meseguer, Jorge Lago, Alberto Riesco y Jorge García.